

La teología de los deseos en Santa Teresa del Niño Jesús y en San Juan de la Cruz

ISMAEL BENGOCHEA
(Cádiz)

Es sorprendente el triple signo glorioso de las tres figuras cimeras del Carmelo: Juan de la Cruz, santo, doctor y poeta; Teresa de Ávila, santa, doctora y poeta; Teresa de Lisieux, santa, doctora y poeta. Cumbres en la santidad, eminentes en la doctrina, singulares en poesía. No se puede pedir más.

De tan egregios genios está ya todo dicho y todo escrito. Por eso no pretendemos descubrir ahora ningún mediterráneo sanjuanista-teresiano-lexoviense. Más bien trataremos de enfocar el siempre socorrido tema espiritual desde una nueva perspectiva que parezca algo original, al menos en su planteamiento. De aquí el rótulo de nuestro artículo: «La teología de los deseos en Santa Teresita y en San Juan de la Cruz».

Enunciamos en primer término a la santita porque en ella *los deseos* tienen una marcada y reiterativa presencia y hasta determinan el proceso de su santificación y de su glorificación, aunque en el fondo su doctrina se fundamenta en el magisterio más abarcante de San Juan de la Cruz.

Dios es un gran deseo. El juanramoniano Dios *deseante* y *deseado* es el mismo Dios de los santos, el Dios de Teresa y de Juan de la Cruz. Dios es un gran deseo porque Dios es un gran amor.

Como el profeta Daniel, Juan de la Cruz es «el varón de deseos» y Teresa del Niño Jesús es «la virgen de deseos».

DESEOS Y DESEOS

La voz *deseo* y el verbo *desear* son constantes en los dos santos en una concordancia casi parigual. En los escritos de Juan de la Cruz se contabilizan 436 frecuencias y en los de Teresita (con *souhait* incluido) 416, las que con las 48 de *Ultimas conversaciones* suman un total de 464 frecuencias.

Pero las denominaciones *deseo* y *desear* admiten otras equivalencias que son muchas y acendradas, como impulsos, anhelos, ansias, ímpetu, voluntad, afán, empeño, ardor, intención, ambición, esperanza, aspiración, etc. Aquí la nómina se haría interminable.

Toda esta gama deseosa y deseada la proyectamos aquí en versión de lo divino desde la visión del doctor del Carmelo y de la Florecilla de Jesús. Su desarrollo es bastante simple: Comenzamos por el conocimiento de Dios como Verdad, Bondad y Belleza; esta luz suscita la atracción de Dios como sumo bien en sí y para nosotros; de aquí se sigue el impulso de moción hacia ese ser sumamente amable y deseable, lo cual se trueca en un deseo irreprimible de un Dios intuido: en búsqueda, encuentro, posesión y goce; para terminar en la pacífica fruición del Dios ansiado y poseído.

Estamos de este modo en el terreno de los deseos del alma en orden al Dios descubierto como razón de vida, como motivo de acción y como logro de felicidad.

Podemos analizar de esta manera la teoría de los deseos en Teresa del Niño Jesús a la vez que vamos anotando la estrecha vinculación existente entre esos deseos de Teresita y su correspondiente correlación en la letra y en el espíritu de San Juan de la Cruz. He aquí ese orden:

- 1) Los deseos en la vida espiritual. Teresita, alma de los muchos deseos.
- 2) Dios, principal inspirador de los deseos.
- 3) Dios no inspira deseos imposibles.
- 4) Deseos infantiles de Teresa realizados.
- 5) Los grandes deseos de Teresa de Lisieux.
- 6) El Amor sobre el deseo. Ya nada desea Teresa del Niño Jesús. Solamente ama.

1. LOS DESEOS EN LA VIDA ESPIRITUAL

Los deseos son necesarios en la vida espiritual. Lo que no se desea no se alcanza.

La Madre Teresa, como bien experimentada, se adelantó en la expresión: «Conviene mucho no apocar *los deseos*, que si los santos nunca se determinaran a *desearlo* no subirían a tan alto estado» (*Vida* 13,2).

San Juan de la Cruz se nos muestra como doctor y cantor de los deseos: «Ha de *desear* el alma con *todo deseo* venir a aquello que en esta vida no puede saber ni caer en su corazón; y dejando atrás todo... *ha de desear* con *todo deseo* venir a aquello que excede todo sentimiento y gusto» (2 *Subida* 4,6).

«Cuanto más *desea* el alma a Dios más le posee» (*Llama* 3,23).

Podríamos releer el Cántico Espiritual en clave del *deseo*, porque ese poema es pura ansia, puro impulso, puro ardor, en que vehementemente se anhela algo o a Alguien... «Aquel que yo más quiero».

La lira por excelencia de la expresión del deseo en fray Juan es la 12 del Cántico, en que el alma dice su ansia sin dar pausa al aliento:

*¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!*

En esta estrofa queda el alma colgada en tensa suspensión de lo que ansía con avidez. Con razón afirmó José Angel Valente que «el único hilo que cabe seguir en el Cántico es el de la infinita tensión deseante» (*Variaciones sobre el pájaro y la red*, Tusquets, Barcelona, 1991, 218).

Santa Teresita, a su vez, vive inmersa en deseos:

«Perdóname, Jesús, si desvarío al expresar mis *deseos*, mis esperanzas que rayan en lo infinito» (MB 2v).

«¿No serán un sueño, una locura, mis *inmensos deseos*? Tú sabes que busco la verdad. Si mis *deseos* son temerarios, quítamelos, pues son para mí el mayor de los martirios» (MB 4v).

«A veces el Señor se contenta sólo con los *deseos* de trabajar para su gloria, y ya sabéis que mis *deseos* son muy grandes» (MB 8v).

Los «deseos» de Teresita en el billete de su Profesión (8-IX-1890)

Teresa desea «no cometer la más ligera falta voluntaria».

Desea «que las criaturas no sean nada para ella y que Jesús lo sea todo».

Desea «que nada turbe su paz».

Desea «el amor sin límites, el amor infinito».

Desea «morir mártir, con martirio de corazón o del cuerpo, o mejor con los dos».

Desea «cumplir sus votos en toda perfección».

Desea «no ser carga para la comunidad».

Desea «verse pisada y olvidada como un granito de arena».

Desea «llegar al puesto que Jesús ha preparado para ella».

Desea «salvar muchas almas».

Desea «que ni una sola alma se condene hoy».

Desea «que sean salvadas todas las almas del purgatorio».

*Los «deseos» de Teresa en el Acto de Ofrenda al Amor
Misericordioso (9-VI-1896)*

Aquí suben los quilates de los anhelos de su alma:

«Oh mi Dios, Trinidad bienaventurada, deseo amaros y haceros amar. Deseo trabajar para la glorificación de la Iglesia salvando las almas. Deseo cumplir perfectamente vuestra voluntad. Deseo ser santa, de que «seáis vos mismo mi santidad». Estoy seguro de que oiréis *mis deseos, mis inmensos deseos*».

«Al no poder comulgar cuantas veces deseo, permaneced en mí como en el tabernáculo, sin que os alejéis nunca de vuestra pequeña hostia».

«Os ruego que me quitéis la libertad de ofenderos».

«Deseo parecerme a Vos en el cielo y ver brillar sobre mi cuerpo glorificado los sagrados estigmas de vuestra Pasión».

«Deseo trabajar solamente por vuestro Amor».

«Deseo revestirme de vuestra propia Justicia; no deseo otro tro-
no ni otra corona que la posesión de Vos mismo por Amor».

«Deseo llegar a ser mártir de vuestro Amor».

«Deseo renovar esta Ofrenda un número infinito de veces a cada
latido de mi corazón».

2. DIOS, PRINCIPAL INSPIRADOR DE LOS DESEOS

Es este como un principio evidente de la espiritualidad de Teresa del Niño Jesús. Por el don de la ciencia del Espíritu Santo y por la larga experiencia ha llegado ella al convencimiento de que Dios mismo es el inspirador de los deseos del alma y el que la mueve a aceptarlos y fomentarlos.

San Juan de la Cruz fue también en esto su maestro:

«¿Quién podrá escribir lo que a las almas amorosas, donde El mora, hace entender? ¿Y quién podrá manifestar con palabras lo que las hace sentir? ¿Y quién, finalmente, lo que las hace *desear*? Cier-
to, nadie puede» (*Cántico*, prólogo).

«Cuando el alma desea a Dios con entera verdad, tiene ya al que ama» (*Llama* 3,23).

«Cuando Dios más quiere dar, tanto más hace *desear*» (Cta 8-VII-1589).

Este pensamiento de su Santo Padre quedó muy grabado en Teresita, y así lo repite ella en varios de sus escritos:

«Sé que Jesús no me inspiraría los deseos que siento si no estu-
viese dispuesto a colmarlos» (MA 84).

«El Señor me ha dado lo que he deseado o más bien me ha hecho
desear lo que me quería dar» (MC 31; Cta a Bélliére, 13-VII-1897).

Teresa identifica sus deseos con los deseos de Dios:

«Al buen Dios le agradan mis deseos» (MA 45v). «Estaba con-
vencida de que mi deseo era el de Dios» (MA 50). «Hay deseos que
sólo Dios puede comprender» (Cta 139).

Por otra parte, Teresita se siente tan identificada con el deseo de Dios que llega a la convicción de que «en el cielo *desearé* lo mismo
que *deseo* en la tierra» (Cta 220).

3. DIOS NO INSPIRA DESEOS IRREALIZABLES

Dios es todopoderoso, y si El es el autor principal de los deseos de las almas, estos deseos, aunque parezcan imposibles, se cumplirán indefectiblemente. Esta es una persuasión fija en el espíritu de Teresita y así la repite en términos absolutos: «Dios no puede inspirar deseos irrealizables» (MC 2v). «Dios no ha querido que ni uno solo de mis deseos haya dejado de colmarse, no solamente mis deseos de perfección» (MA 81). «Nuestros deseos infinitos no son sueños ni quimeras» (Cta 107).

4. DESEOS INFANTILES DE TERESA CUMPLIDOS

Teresita se considera como la niña mimada por Dios precisamente por su pequeñez y su debilidad. No quiere dejar de ser niña a los ojos de su Padre Dios. Esto le permite disfrutar de los privilegios de los niños. Uno de ellos es que Dios satisfacía uno a uno cada uno de sus caprichos infantiles, como si el Señor gozara accediendo a cada uno de sus antojos. Ella recuerda algunos de esos primeros deseos colmados plenamente por el buen Dios.

Pranzini.—Cuando la niña Teresa se entera que van a ajusticiar al criminal Pranzini y que este hombre rechazaba al sacerdote que acudía para asistirle, Teresita ora ardientemente por la conversión de aquel pecador y pide una señal de que el Señor la ha escuchado. Llegado el momento, en el último instante, antes de entregar su cuello a la guillotina, he aquí que Pranzini llama al sacerdote y estampa tres besos al crucifijo. El cielo ha respondido al deseo orante de la pequeña Teresa (MA 46).

A los 15 años.—Teresita se ha propuesto entrar en el Carmelo a los 15 años de edad, y remueve Roma con Bayeux para retirar los obstáculos que se oponían a su empeño: su tío Guérin, el superior Delatroette, el Vicario General, el obispo...; pero, al fin, Teresita triunfa y a sus 15 años pimpantes ingresa en el Carmelo de Lisieux (MA 51-56; 69-70).

La nieve.—Teresita, amiga de la nieve, desea que el día de su Toma de Hábito de carmelita la tierra se vista de blanco como ella

misma lo hace para esa ocasión. Efectivamente, aunque la víspera de aquel día nada hacía presagiar tal nevada, al terminar la ceremonia vio Teresita el patio de su Carmelo todo blanco como su capa blanca (MA 72).

Las flores.—Teresita, que se llamaba a sí misma la *Florequilla de Jesús*, amaba las flores con delirio. Al hacerse en el convento prisionera de amor renunció para siempre a lo que había sido su gran diversión: correr por el campo entre las flores. Pues bien, escribe Teresa ante este recuerdo: «Nunca he tenido tantas flores como desde que estoy en el Carmelo. Hasta la pequeña flor, la neguilla, que no había vuelto a ver desde que nos trasladamos de Alençon a Lisieux, vino a sonreírme en el Carmelo» (MA 81).

Celina en el Carmelo.—Otro deseo íntimo tenía Teresita: la entrada de su querida hermana Celina en su mismo Carmelo de Lisieux. También se cumplió, ¡y de qué manera! Teresa unió este deseo a otro anhelo entrañable para ella: saber que su papá había ido derecho al cielo después de su muerte. Para cerciorarse de ello exigió una señal en su oración: que Sor Amada, que se oponía a la entrada de Celina en aquel Carmelo, cambiara de opinión. En efecto, apenas sale del coro Teresita, la primera hermana que encuentra en el pasillo es Sor Amada, y ésta dirigiéndose espontáneamente a ella le comunica que no sólo no se opone, sino que desea que Celina entre en cuanto antes en el Carmelo (MA 82v).

Hermano sacerdote.—Teresita nutría un deseo ardiente de tener un hermano sacerdote, ya que ella no podía serlo. Deseo que aparentemente se había frustrado al haber muerto muy niños dos hermanos que tuvo. Sin embargo, en el Carmelo sus superiores le confiaron dos sacerdotes misioneros como hermanos y como hijos espirituales suyos (Bellère y Roulland), a los que quedó entrañablemente unida su alma hasta su muerte y más allá de la muerte (MC 31).

«Aquel deseo —dice aquí Teresita—, aquel deseo que parecía irrealizable colmado de una manera tan inesperada, hizo nacer en mi corazón un gozo que llamaré infantil, pues tengo que remontarme a los días de la infancia para hallar el recuerdo de alegrías que se le parezcan» (MC 32).

Así veía cumplidos sus deseos Teresita; deseos infantiles si queréis, pero deseos según Dios. Ella lo reconoció con ternura: «¡Cuán-

tos motivos tengo para dar gracias a Jesús por haber tenido a bien colmar todos mis *deseos*!» (MA 82v). «Veo que sólo Dios es capaz de colmar mis *inmensos deseos*» (MA 81v).

5. LOS GRANDES DESEOS DE SANTA TERESITA

Decía de sí la Madre Teresa que «en esto de *deseos* siempre los tuve grandes» (*Vida* 14,6).

De la Madre pasó ese espíritu a sus hijas: «Comenzó la divina majestad a demostrar sus grandezas en estas mujercitas flacas, aunque fuertes en los deseos» (*Fundaciones* 4,5).

Lo propio experimentó Teresa del Niño Jesús: «Hay además deseos de otro género que Jesús ha tenido a bien cumplir en mi vida» (MA 81v).

Ser santa

Teresa acarició deseos más altos, deseos inauditos para una criatura que fortalece en su pequeñez. Teresita quiere ser una santa, y una gran santa. Así lo expresa ingenuamente en su primer manuscrito:

«Se me ocurrió pensar que había nacido para la gloria. Dios me hizo comprender también que mi gloria quedaría oculta a los ojos de los mortales y que consistiría en llegar a ser una gran santa. Este deseo podría parecer temerario... No obstante, sigo sintiendo hoy la misma confianza audaz de llegar a ser una gran santa, pues no me apoyo en mis méritos sino en Aquel que es la Virtud y Santidad por esencia. El solo, contentándose con mis débiles esfuerzos, me elevará hasta sí y, colmándome de sus méritos infinitos, me hará santa» (MA 32).

Pues bien, hoy nosotros somos testigos de mayor excepción y podemos comprobar cómo Teresa del Niño Jesús es una de las santas más populares de la Iglesia universal, a la que aún antes de

haberse introducido la causa de su canonización otro santo y Papa, Pío X, proclamó que «Teresa del Niño Jesús no sólo era santa, sino la santa más grande de los tiempos modernos».

6. DESEOS MÁS GRANDES QUE EL UNIVERSO

Juan de la Cruz expresó con fuerza el grado infinito de los deseos del alma que ansía la unión con Dios:

«En los grandes deseos y fervores de amor suele el Amado visitar a su esposa casta y delicada amorosamente» (Cántico 1.13,2).

«Está el alma con aquella gran fuerza de deseo abisal por la unión con Dios» (Cántico 17,1).

«Con grande eficacia y fuerza le hace enviar a Dios aquellas emisiones... con admirables deseos de hacer y padecer por él» (Cántico 22,7).

Esto mismo siente Santa Teresa, y ella lo manifiesta como vivido en sí y proyectado en el mayor servicio y gloria de Dios procurando y haciendo y padeciendo por la salvación de los hombres:

«Ha sido el Señor servido que todos mis deseos paren en provecho de las almas» (*Vida* 39,22).

«Mis deseos eran muy más crecidos de ser alguna parte para bien de algún alma» (*Fundaciones* 1,6).

«Deben venir de aquí estos deseos tan grandísimos de que se salven las almas» (*Relaciones* 5,9).

«Deseo grandísimo siento en mí de que tenga Dios personas que con todo desasimiento le sirvan» (*Relaciones* 3,7).

Los deseos de Teresita, por su parte, tampoco tienen límite ni medida y desbordan su persona para alcanzar a las almas, a la Iglesia y, sobre todo, a la gloria de Dios.

Teresa del Niño Jesús, elevada al alto estado de la unión con Dios y en sintonía con sus Santos Padres Teresa y Juan de la Cruz, expresa en términos inenarrables los anhelos más profundos de su alma. Los estampó en una de las páginas más sublimes de la historia de los santos. Es el Cántico de los Deseos, que Teresita dedicó a su hermana mayor, María del Sagrado Corazón, y es el alma del

Manuscrito B (13-IX-1896). He aquí esa página ardiente, el gran himno de los deseos de Teresa del Niño Jesús:

«Oh Jesús, ser tu esposa, ser carmelita, ser madre de almas..., parece que debiera bastarme; sin embargo, siento en mí otras vocaciones: siento la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir.

Quisiera iluminar a las almas como los profetas, como los doctores; tengo la vocación de ser apóstol... De recorrer la tierra, predicar tu nombre y plantar en suelo infiel tu gloriosa cruz; pero no me bastaría una sola misión, yo quisiera anunciar a la vez el Evangelio en las cinco partes del mundo y hasta las islas más remotas; quisiera ser misionera, no sólo durante unos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo hasta la consumación de los siglos.

A la vez quisiera ser mártir; pero para satisfacerme desearía pasar todos los martirios: ser azotada y crucificada, despelada como San Bartolomé, sumergida en aceite hirviendo como San Juan, entregar mi cuello a la espada como Santa Inés y Santa Cecilia, pronunciar el nombre de Jesús entre las llamas como Juana de Arco...

En fin, si quisiera escribir todos mis *deseos* habría que abrir el libro de la Vida, donde están registradas las acciones de todos los santos, que quisiera haberlas realizado todas por ti...

¿Qué respondes, Jesús, a todas mis locuras? ¿Hay un alma más pequeña y débil que la mía? Sin embargo, tú, que quisiste cumplir mis pequeños *deseos infantiles*, quieres ahora colmar también estos otros *deseos* más grandes que el universo» (MB 3).

Llegado a este punto, Teresita, inspirada en San Pablo, encuentra el maravilloso resorte para colmar todas sus ansias y para realizar todas las vocaciones.

Su descubrimiento es el Amor. El Amor lo comprende todo, lo abarca todo; el Amor abraza todos los tiempos y lugares. Y exclama:

«Oh Jesús, mi Amor; he encontrado por fin mi vocación, mi vocación es el Amor. En el corazón de la Iglesia, mi ma-

dre, yo seré el amor. Así lo seré todo; así se cumplirá plenamente mi *deseo*» (MB 3).

No sólo en el amor

Cierto es que el Señor cumplió los ardientes deseos de su sierva por la vía original y misteriosa del Amor. Pero eso no quita que aun así se plasmaran además esos anhelos en maravillosas realidades que están patentes a la faz del mundo. Porque, en efecto, Teresa del Niño Jesús es al pie de la letra y tiene puesto relevante entre los apóstoles, los misioneros, los mártires y los doctores de la Iglesia de hoy.

Apóstol.—Ella predijo al pedir a Dios un gran número de almas pequeñas: «Te suplico que escojas una legión de pequeñas víctimas dignas de tu Amor» (MB 5v). No cabe duda que es grandísima la legión de almas que a lo largo de un siglo se han salvado y se han santificado en la espiritualidad de Santa Teresita del Niño Jesús basada en la confianza en la misericordia de Dios y en el abandono al amor de Dios.

Misionera.—«Presiento que mi misión va a comenzar, la misión de hacer amar al Amor (*Últimas Conversaciones*, 17-VII-1897).

Su ansia misionera no podía tener respaldo más fehaciente que la de ser proclamada por el Papa Pío XI Patrona universal de todas las Misiones y de todos los Misioneros (1927).

Sacerdote.—Alma sacerdotal y madre de almas, Teresa de Lisieux se vio rodeada de sacerdotes en vida, y una «Pía Unión Sacerdotal» mundial lleva su nombre y se nutre de su espíritu; aparte de su singular hermanamiento con los dos sacerdotes durante los últimos años de su existencia.

Mártir.—Teresita bebió a caudales del cáliz de la amargura, en tal grado que sólo pudo comprender tanto sufrimiento por la sed devoradora de almas que Dios la había infundido.

«No me dio el Señor un corazón insensible. Pero precisamente porque es capaz de sufrir, *deseo* que le dé a Jesús todo lo que le puede dar» (MC 10).

«Déjame, Jesús, saborear las dulces amarguras de mi martirio» (MB 4).

«Mi deseo de sufrir se vio colmado. Aun con estar privada de todo consuelo, me sentía la más feliz de las criaturas» (MA 73).

Pasó Teresa por atroces noches oscuras del sentido y del espíritu; quiso compartir en la mesa de los pecadores el pan de la amargura e incluso se ofreció para «ir al infierno para que Dios fuera eternamente amado aunque fuera por ella en aquel lugar de blasfemia» (MA 52). En ese estado de ánimo llegó hasta el umbral del ateísmo e incluso llegó a explicarse que en tales circunstancias surja la tentación del suicidio.

En nuestros días se ha podido escribir todo un libro sobre el martirio real de esta carmelita: *La Pasión de Teresa de Lisieux* (Guy Gaucher, 1972).

Doctor.—Nada menos que doctor de la Iglesia deseó ser Teresa del Niño Jesús para iluminar a las almas con luces del evangelio y para inflamarlas en el amor de Dios.

Ahí está Teresita, en el corazón de la Iglesia iluminando y enervorizando mentes y corazones. Estudiada por los sabios, consultada por teólogos, seguida por los espirituales, a requerimiento de muchas Conferencias episcopales de todo el mundo, quizá esté próximo el día en que la veamos declarada canónicamente Doctora de la Iglesia universal.

La gloria.—Teresita tuvo otra genial intuición: «Se me ocurrió pensar que había nacido para la gloria» (MA 32).

Esto lo escribió en enero de 1895. Nada hacía presentir entonces que un tal aserto pudiera tener más repercusión que la quimera de una mente febricitante. Pues bien, cien años después podemos testificar que apenas habrá en el mundo una figura femenina contemporánea más universalmente celebrada y gloriosa sobre la tierra como Teresa de Lisieux, sobre la que ha caído, como se ha dicho, todo un huracán de gloria. Baste recordar a este propósito aquello que podría calificarse como exabrupto del ruso ortodoxo Merejowski: «Si en la configuración universal tuviera que salvar cuatro nombres para la historia, yo escogería a esos cuatro genios del cristianismo: Pablo de Tarso, Agustín de Hipona, Francisco de Asís y Teresa de Lisieux».

La respuesta de San Juan de la Cruz

Teresa de Lisieux apeló a la primera carta de San Pablo a los Corintios para hallar la solución del cumplimiento de sus grandes deseos en el seno de la Iglesia respecto a sus ansias de ser apóstol, misionera, mártir...

Teresa hubiera gozado indeciblemente si hubiese recordado entonces un texto luminoso de San Juan de la Cruz que parece una respuesta escrita por el santo doctor para la situación en que se encontraba en aquella sazón la hermana Teresa del Niño Jesús. Hablando el santo en el libro segundo de la *Subida del Monte Carmelo* del modo que tiene Dios para colmar los deseos de los hombres, expresa así su pensamiento con un ejemplo que parece arrancado de la *Historia de un alma*. Dice así San Juan de la Cruz:

«Pongamos un ejemplo: Está una alma con grandes deseos de ser mártir. Acaecerá que Dios le responda diciendo: «Tú serás mártir», y le dé interiormente gran consuelo y confianza de que lo ha de ser. Y, con todo, acaecerá que no muera mártir, y será la promesa verdadera. Pues ¿cómo no se cumplió así? Porque se cumplirá y podrá cumplir según lo principal y esencial de ella, que será dándole el amor y premio de mártir esencialmente; y así le da verdaderamente al alma lo que ella formalmente deseaba y lo que él la prometió. Porque el deseo formal del alma no era aquella manera de muerte, sino hacer a Dios aquel servicio de mártir y ejercitar el amor por él como mártir. Porque aquella manera de morir por sí no vale nada sin este amor, el cual (amor) y ejercicio y premio de mártir le da por otros medios muy perfectamente; de manera que aunque no muera como mártir, queda el alma muy satisfecha en que le dio lo que ella deseaba.

Porque tales deseos cuando nacen de vivo amor y otros semejantes, aunque no se les cumpla de aquella manera que ellos los pintan y los entienden, cúmpleselos de otra y muy mejor y más honra de Dios que ellos sabían pedir. De donde dice David: «Desiderium pauperum exaudivit Dominus». Esto es: «El Señor cumplió a los pobres su deseo» (Sal 10,17). En

los Proverbios dice la Sabiduría divina: «*Desiderium suum iustis dabitur*». A los justos dárseles ha su deseo (10,24). De donde, pues vemos que muchos santos desearon muchas cosas en particular por Dios y no se les cumplió en esta vida su deseo, es de fe que, siendo justo y verdadero su deseo, se les cumplió en la otra perfectamente. Lo cual, siendo así verdad, también lo sería prometérselo Dios en esta vida, diciéndoles: Vuestro deseo se cumplirá; y no ser en la manera que ellos pensaban» (2 *Subida* 19,13).

¿Deseos infinitos?

En torno a los altos deseos de Teresita hubo alguien que intentó poner coto a semejante desmesura.

El 9 de junio de 1895, Teresa del Niño Jesús hizo la Ofrenda de sí misma como víctima del Amor Misericordioso. En el texto de esa ofrenda redactado por ella, entre cosas se decía: «Estoy segura de que oiréis *mis deseos*. Lo sé; ¡Dios mío!, cuanto más queréis dar, tanto más hacéis desear. Siento en mi corazón *deseos infinitos* y os pido con confianza que vengáis a tomar posesión de mi alma».

Por tratarse de un acto importante en su vida espiritual, Teresa quiso que un teólogo examinara el texto de su Ofrenda. La madre Inés de Jesús lo entregó con este objeto al P. Armando Lemmonier, de los Misioneros de la Délivrande, el cual a su vez lo sometió al criterio de su superior (y homónimo). Este no encontró nada contrario a la fe, pero hizo una observación e indicó que se cambiara la expresión «deseos infinitos» por «deseos inmensos», porque el hombre, como ser limitado, no podía relizar nada de carácter infinito que sólo es Dios. Teresa obedeció y con esa enmienda quedó la redacción definitiva de la Ofrenda. Sin embargo, Teresita tenía razón y su texto primitivo era teológicamente correcto: porque ella no restringía a Dios a la medida del hombre, sino que ajustaba al hombre a la medida de Dios (hay expresiones similares en Santo Tomás de Aquino y en Santa Catalina de Siena). Teresa atribuye a Dios sus deseos y son obra de Dios y como tal infinitos; y el objeto de esos deseos es también Dios, que es infinito en sí. En el *Acto* habla

también de «tesoros infinitos» y en otros escritos recurre Teresa a los «méritos infinitos» de Jesús. Así también los deseos de Teresita son eco de los deseos infinitos del buen Dios.

7. «YA NO DESEO NADA»

Tras las ansias y ardores de los deseos, llega la calma con el deseo supremo ya colmado: la conquista del Amor y del Amado. Ya el alma no desea otra cosa, que «ya sólo en amar es su ejercicio». Así lo afirma Teresita reproduciendo las estrofas de San Juan de la Cruz.

El primitivo ritmo del Cántico del alma deseante en clamor por el Dios deseado se ha trocado en la serena paz y gozo del alma con el Amado, entrando *más adentro en la espesura, debajo del manzano, en soledad de amor herida, con llama que consume y no da pena...*

También Teresa de Lisieux experimentó esta sensación de pacífica posesión del amor y con él la consumación de sus deseos:

«Al presente no tengo ya ningún deseo si no es el amar a Jesús con locura... Mis deseos infantiles han desaparecido» (MA 82v).

«Ya no deseo ni el sufrimiento ni la muerte, aunque sigo amándolos; el amor es lo único que me atrae» (MA 83).

«Ya no me es posible pedir nada con ardor, excepto el cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios sobre mi alma. Puedo repetir con nuestro Padre San Juan de la Cruz: *que ya sólo en amar es mi ejercicio*» (MA 83).

«Sabéis, Dios mío, que nunca he deseado otra cosa sino amaros; no ambiciono otra gloria» (MC 34).

«Comprendo perfectamente que no hay cosa que pueda hacernos gratos a Dios fuera del amor, que es el amor el único bien que deseo» (MB 1).

La voz *amor-amar* tiene 1.460 frecuencias en las Concordancias de Teresa de Lisieux.

En conclusión, reconozcamos que todo ha sido un juego de mutua correspondencia entre los deseos y el amor, entre Teresita y Dios: Teresa amó a su Dios toda su vida, y porque le amó cumplió

todos los deseos de Dios en ella. Teresa satisfizo los deseos de Dios y Dios colmó los deseos de Teresa. Todo por la vía indefectible del amor. Es su mensaje y su hermosa misión sobre la tierra.

Esta es Teresa del Niño Jesús: la niña de los deseos infantiles y la joven de los deseos infinitos que, tras las huellas de su padre San Juan de la Cruz, alcanzó la consumación de sus anhelos en la conquista plena del Amor.

De esta suerte, la teología de sus deseos se trocó en su nueva misión, la misión de amar, ser amada y volver a la tierra «para hacer amar al Amor» (*Ultima Conversación*, 17-VII-1897).